

á vuestro sacrificio se habrán cumplido las promesas de libertad guardadas en las páginas del Evangelio.

He dicho. (Ruidosos, repetidos y prolongados aplausos.)

LOS ESTÓICOS,

LOS PADRES APOSTÓLICOS, LOS APOLOGISTAS.

LECCION SEGUNDA.

SEÑORES:

Ha sido usual dividir el gran trabajo de la edad que estamos tratando en dos partes, para estudiarlas separadamente. Unos escritores han mirado tan solo el Cristianismo naciente, otros el Imperio moribundo. Si alguna vez los han juntado, ha sido en las grandes conjunciones del Cristianismo con el antiguo mundo. Yo, como creo que nadie puede romper el hilo misterioso del tiempo, y que cada hecho viene en su sazón conveniente, presentaré en estas mis lecciones al par las dos sociedades, la sociedad que muere y la sociedad que nace, convencido como estoy de que la más alta filosofía se encuentra en el seno de la historia. En los dos años anteriores presenté el camino por donde la aristocracia llegó á la muerte y la democracia al Imperio; la descomposición del pen-

samiento pagano en sus tres grandes determinaciones, la estóica, la epicúrea y la alejandrina; la destruccion del arte clásico por la sátira, que se asemeja á uno de aquellos genios burlones esculpidos por los antiguos escultores al pié de los bajos relieves; la caída de los dioses desprendidos sobre la tierra, como muertos, cuando no los anima la fé de la conciencia humana; las esperanzas misteriosas que parecian difundidas por los aires y que inspiraban cánticos proféticos á los mismos paganos; las luchas en Jerusalem entre saduceos y fariseos, aquellos por apartar la ciudad santa del mundo, y estos por hacer de Jerusalem la Roma espiritual de las naciones; los esenios que pueblan los desiertos y se maceran en la soledad esperando la renovacion del espíritu; los alejandrinos que difunden por Oriente el logos de Platon; el Bautista que anuncia con grandes clamores por las orillas del Jordan la venida del Mesías; Jesús en la cuna, en la montaña, en la Cruz; San Pedro que explica á la sombra de la sinagoga el cumplimiento de las profecías á los judíos de Palestina; San Pablo que recorre toda la tierra para evangelizar á toda la humanidad; San Juan que habla del Verbo y de la union del hombre con el Verbo, y de la union del Verbo con Dios en el lenguaje sublime de los antiguos poetas; los estóicos trasformándose de secta filosófica en secta política, pues no hay pensamiento que no toque en la rea-

lidad de la vida; los gnósticos intentando en vano resucitar la teogonía del Oriente y confundir el Cristianismo con el paganismo, abrazo de la vida con la muerte; y como resultado de todo este gran movimiento religioso y social, la extincion del antiguo culto, por la cual, naturaleza pierde sus encantos, su poesía, y el genio de Apolo calla en el sol, y las náyades en el arroyo, y los faunos en las hojas de las selvas, y el caramillo de Pan en los oteros, y el oráculo en la caverna de Delfos, y la pitónisa en su trípode, al mismo tiempo que los sacerdotes y los apóstoles de la nueva idea ascienden al Capitolio, y alzan en el ara al nuevo Dios que transforma la conciencia humana y señala nuevo rumbo, nueva direccion á la impetuosa corriente del río de los tiempos. (Estrepitosos aplausos.)

Entremos, pues, á historiar el siglo segundo. Pasada la incertidumbre que se apoderó del Imperio despues que con Neron se extinguiera la familia de César, que habia ideado una manera de monarquía hereditaria, subió al trono la familia Flavia, que personificaba las ideas del Oriente, las ideas gnósticas opuestas al carácter práctico de los romanos y á la universalidad de su política. Por eso, desde el instante mismo en que el espíritu oriental se posesionó del Capitolio, comenzó una conjuracion tremenda contra él, conjuracion cuyos principales jefes eran los estóicos. Estos filóso-

fos, á quienes podemos llamar los eremitas de Occidente, predicaban por calles y plazas contra el gnosticismo, contra la idea oriental y en favor de que Roma representara la idea humanitaria. La familia Flavia los persiguió, los arrojó de la ciudad. Tres edictos se dieron contra ellos, uno por Vespasiano, otro por Tito, otro por Domiciano, los tres emperadores de la familia Flavia. Pero una idea, cuando tiene fuerza y se anima del espíritu de su tiempo, es invencible, y por su misma virtud no sólo llega á tocar en la realidad, sino que la transforma. La idea estóica no se paraba sólo en reformar el espíritu por su propia virtud, se dirigía á reformar la sociedad. Oponíanse á ello los conjuros religiosos de los gnósticos y las armas de los pretorianos. Pero no importa. Era una idea viva y estaba destinada á domeñar todas las fuerzas conjuradas en su daño. Los hombres que tienen larga espada en el cinto, gran ejército á su devoción, las riendas del poder en las manos, turbas de aduladores á su alrededor, oro que derramar sobre la frente de sus cortesanos, fuerza para ahogar hasta la palabra y amedrentar hasta la conciencia, suelen, poseidos de ese orgullo que dá el poder y que causa siempre vértigos, menospreciar la idea que nace humilde en la mente de un pensador solitario; y se engañan, porque la idea en la conciencia es más fantástica que la niebla en los aires; porque la idea no tiene ni espada, ni oro; porque la idea

no se vé con los ojos del cuerpo, ni se palpa con las manos; pero si abriesen las páginas de la historia, si ávidamente siguieran el camino misterioso de las ideas y las vieran cuando son progresivas nacer en un pensador solitario que tal vez paga con la muerte el haber abierto un nuevo surco en la conciencia humana, crecer en sectas variadas, organizarse, luchar, subir, como sube la sávia desde la jugosa tierra á las ramas del árbol, por leyes é instituciones, y alcanzar á los mismos poderes que las han perseguido y han intentado ahogarlas; si vieran que los que ayer bebían la cicuta ó espiraban en el tormento por sus ideas, son hoy como estrellas fijas que alumbran á la humanidad en su camino, de seguro, lejos de menospreciar las ideas ó de ahogarlas, abriríanles ancho cauce, porque de lo contrario, condensadas como una gran tempestad, estallan, destrozan cuanto les cierra el paso, tronchan como cañas las más fuertes espadas, desarraigan los poderes que se creen eternos como el huracan las encinas: que las ideas progresivas, humanitarias, no se pierden ni se ahogan, pues son como la eterna revelacion de Dios en la conciencia y en la vida. (Entusiastas y repetidos aplausos.)

Por esa virtud, pues, que tienen las ideas, triunfan de sus mayores enemigos; y así los estóicos, errantes por toda la tierra y desarmados, vencieron á los soldados de Domiciano. Dion Casio so-

lo desarmó una legion entera. El sueño de Platon se realizaba; la filosofia iba á ocupar el trono del mundo. Detengámonos un momento en presencia del estoicismo. En este sistema se advertia el progreso de la razon humana que se acercaba á los altares del Cristianismo. Es verdad que muchos escritores han querido probar que Séneca conoció á San Pablo, y Epicteto á San Justino, y que Marco Aurelio era cristiano; pero tales suposiciones no deben refutarse y están tenidas por fábulas entre todos los críticos. La razon humana tiene en sí virtud bastante para llegar á las más altas ideas metafísicas. Los estóicos, pues, no eran más que los grandes moralistas de toda la antigüedad. Su carácter concertaba admirablemente con el carácter positivo, práctico, de los romanos. Desdeñando la metafísica, aunque admitian un Dios, un espíritu, y la vida universal alimentada por una combustion eterna, si bien no ofrecen ningun nuevo progreso en las indagaciones verdaderamente especulativas, tienen tendencias prácticas á convertir la idea en hecho, las leyes de la ciencia en severas reglas de conducta, el alma humana en un sér superior que se sobreponga á la naturaleza y á los dolores del pobre cuerpo en que yace como esclava; y de esta suerte, más que la reforma de la idea, predicán la reforma de la sociedad, la obligacion que tiene el hombre de vivir no para sí solamente, sino para todos los hombres, la clemen-

cia con el vencido, la compasion hácia el pobre, la ardiente caridad por el esclavo, la justicia entre todas las naciones, la paz perpétua, la necesidad de volver el hijo perdido al seno de su madre, el gladiador al hogar, el cadáver del criminal á la tierra, porque donde quiera que está el hombre hay espacio para el beneficio; virtudes severas, altísimas, que, sin embargo, no comprendian la regeneracion del mundo por el dolor, ni su bautismo de lágrimas, y que si bien presentian una idea más alta y preparaban el espíritu á recibirla, era tan sólo como un refugio que la libertad, perdida en el mundo, buscaba en el sagrado asilo de la conciencia, como Caton, el último romano, buscó un seguro contra la tiranía de su tiempo en el helado seno de la muerte. (Aplausos.)

La metafísica griega habia muerto cuando apareció el estoicismo. La duda con todos sus horrores la devoraba. Habia llegado el pensamiento hasta negar el mundo, hasta negarse á sí mismo, negando la base de toda certidumbre. El estoicismo creia renovar la vida con la renovacion moral, renovar la filosofia juntando en una síntesis los principios teológicos de Platon y Aristóteles. Para el estoicismo Dios es la semilla del mundo, y el mundo la diseminacion de Dios. En el universo hay la lucha constante entre el principio activo y el principio pasivo, pero esta lucha se concluye en una armonía superior. El mal es como el ins-

trumento, como el aguijón de que Dios se vale para encerrar las cosas y los seres descarriados en la armonía universal. Toda sustancia es fuerza; toda vida es acción. La armonía universal se llama para el hombre virtud. La virtud consiste en ajustar la vida á la ley moral. Por consecuencia el estoicismo, aun en el período metafísico, en el período griego, es una filosofía esencialmente práctica, esencialmente moral; es antes que una ley del entendimiento una ley de conducta, y mira más que á la verdad al bien.

Por eso el estoicismo convenia principalmente al carácter y á la vida del pueblo romano. Es de notar que el estoicismo romano toma infinita variedad de caracteres segun la variedad de las épocas. Prescindiendo de los tiempos de la República en que el estoicismo romano sigue al estoicismo griego, en el Imperio toma varias formas segun las varias épocas. Durante los primeros emperadores el estoicismo es una protesta y nada más que una protesta, durante el reinado de la familia Flavia un combate y nada más que un combate, durante los Antoninos una poderosa organización política que dá al mundo conciencia de su espíritu universal. El gran Hegel menosprecia en su historia de la filosofía los estóicos romanos, á cuyas epístolas dá tanta importancia como á las gerundiadas de los malos predicadores. Pero no tiene razón el ilustre filósofo. En los

tiempos dolorosísimos del despotismo, cuando Roma no satisfecha con haber encontrado en el botín de cada una de sus victorias un dios, y de tener colgada en su Panteón la cadena de todas las religiones, celebra la apoteosis de sus emperadores recién muertos llevándolos en procesion por la via Sacra, ofreciéndoles altares de marfil y oro sembrados de pedrería, quemándoles montones de incienso, entre cuyas nubes se alza un águila en señal de que el tirano va á sentarse en el Olimpo entre los dioses inmortales; cuando las provincias corrompidas por este ejemplo consagran templos á Augusto, y establecen colegios de sacerdotes para conservar su culto, y diez pueblos del Asia, de la religiosa Asia, de la cuna de todos los dioses, en su delirio por la servidumbre, se disputan el privilegio de fundar una religion que tenga por dios á Tiberio, al monstruo Tiberio, encenagado en sus orgías, devorado en su alma por el vicio y por el cáncer en su cuerpo; cuando las puertas del templo de los hebreos se abren al loco Calígula, al que deseaba tener por amante la luna, y segar la cabeza de la humanidad de un solo tajo; cuando la prostituta Popea que Neron estrelló contra las paredes de su palacio como estrella el niño un juguete, era diosa; en aquella universal degradacion que engendraba todos los amargos frutos de la esclavitud, á saber: la depravacion de las costumbres, el envilecimiento de los

caractéres, la ferocidad en los que mandan, la licencia en los soldados, la estupidez en el pueblo; en aquel rebajamiento universal que hiciera del mundo un serrallo, los hombres, como los estóicos, que se apartaban del mundo, y conservaban el culto de la virtud y la conciencia, eran el único síntoma de vigor, de virilidad que habia en aquella sociedad, la única protesta que desafiaba á la tiranía; y si bien más que pelear sabian morir, en la última hora maldecian al menos á sus tiranos, y les probaban que no tenian dominio sobre el pensamiento ni poder sobre la muerte, testificando así que la libertad es inmortal como el alma, inquebrantable como la conciencia. (Estrepitosos aplausos.)

Es verdad que sus primeros esfuerzos para remediar aquellos males fueron inútiles, pero esto no debe maravillarnos si atendemos á que aspiraban á un imposible, aspiraban á restaurar la antigua sociedad aristocrática, y la antigua sociedad aristocrática habia muerto por tres razones: primera, por egoista, porque no queria admitir la humanidad en su seno; segunda, por aristocrática, por abrigar el privilegio; tercera, por no haber resuelto el problema social. Mas cuando se convencieron de que todas las antiguas formas aristocráticas estaban gastadas, de que ni el senado ni la curia podian resucitar, de que el patriado se habia extinguido como poder político,

reinaron en el seno de la sociedad, cuyo último refugio eran las doctrinas estóicas. Estas doctrinas habian nacido en Grecia, mas para Roma. He dicho siempre que entre la idea y el hecho hay la misma armonía que entre el alma y el cuerpo. La filosofía estóica es el espíritu, Roma el órgano de ese espíritu. La filosofía estóica admite en metafísica el alma del mundo; como Roma admite en su política la unidad del mundo. Roma en tanto que la idea estóica no se apodera de su conciencia, es humanitaria por instinto; y así que la idea estóica se apodera de su conciencia, es humanitaria por reflexion y por convencimiento. Primero presiente su destino, despues lo cumple. La idea de la unidad del mundo que Ciro presintió en su corazon de bárbaro; que elevó Alejandro, el poeta, el héroe, el jóven irreflexivo, el cual, ceñida la sien de flores, llamaba desde su carro de oro á todas las razas á beber en su ancha copa el néctar de la vida griega; la idea de la unidad del mundo no se realizaba cuando Roma practicaba su derecho fecial y despedia de su arco la flecha envenenada para declarar la guerra á todas las naciones, y pulverizaba la ciudad de Alba, y borraba las huellas de Cartago en Africa como el viento borra las huellas del reptil por las arenas del desierto, y quemaba el sagrado recinto de Numancia, la más heróica de las ciudades, y destruía á Corinto, la bella, la de los juegos istmicos, ven-

diendo sus habitantes por esclavos; no, no se realizaba en estos tiempos la ardorosa lucha en que Perseo, precedido por todos los despojos de Grecia entraba atado con cadenas de oro bajo los arcos triunfales, pidiendo en vano la libertad, y Yugurta rugía entre las exclamaciones del pueblo, y Atalo vestía el sayal de esclavo arrojando en el Foro un pueblo entero maniatado, como el sacrificador arroja las víctimas al pié del ara; no se realizaba la idea de la unidad del mundo y de la humanidad cuando Roma fué la reina de las naciones, sino cuando fué su madre (Aplausos); cuando César llamó los galos al senado, y Augusto un español al consulado, y Claudio escribía la historia de los vencidos para salvar su recuerdo ya que no le fué posible salvar sus vidas, y Trajano y Adriano daban derechos de ciudadanía á ricas poblaciones de la Bética, y los Antoninos, los estóicos por excelencia, preparaban la gran constitucion eterna, honra de sus nombres, que debia declarar ciudadanos de Roma á todos los hombres; y en virtud de esta declaracion entraban por las puertas de Roma los montañeses de Rhodopo, consuscoros á Orfeo; el sármata que se abreva en sangre de caballo; el negro etiope que bebe las aguas del Nilo en sus misteriosas fuentes; el árabe y el íbero; el sirio perfumado con los aromas de sus bosques; el sicambro de peinados rizos; el galo de larga cabellera; y entraban no como ene-

migos, no encadenados, sino como ciudadanos, como hombres, á besar aquella tierra sacratísima del Foro, levadura de una nueva humanidad, á santificar sus frentes bárbaras ungiéndolas con el óleo del derecho universal. (Ruidosos y repetidos aplausos.)

El estoicismo es como la conciencia de esta idea de unidad superior del mundo, de unidad superior de nuestra especie. Parece por su solemnidad, por su severidad como el arte de bien morir que aprende un mundo caduco de labios de los últimos representantes de su pensamiento. La vida de la sociedad antigua fué el privilegio, y el estoicismo predicaba la igualdad. La política de la sociedad antigua fué la apoteosis del Estado, y el estoicismo predicaba que la conciencia y el espíritu son superiores al Estado. La idea capital de la sociedad antigua fué vincular la civilizacion en una ciudad, y el estoicismo extendia los límites de esta ciudad hasta los últimos extremos de la tierra. El mundo antiguo debia disolverse bajo el influjo de esta idea para dejar abierto el paso á otro mundo más grande y más humano. La humanidad que se iba formando merced á esta idea de la unidad del espíritu, de la unidad de la conciencia, no cabia en la antigua Roma. Levantábase la libertad interior del espíritu rompiendo las cadenas sociales. La conciencia se declaraba superior á las leyes en nombre de la ley divina de su

vida. El derecho natural forjaba en sus eternos moldes el derecho civil. La energía de la voluntad, su fuerza incontrastable, rompía con el destino antiguo que pesaba como una clava de hierro sobre la frente del hombre. Los filósofos sabían morir con la esperanza de que la corrupción del mundo no llegaba hasta sus almas. Los jurisconsultos ponían el principio de eterna justicia al frente de sus códigos, y la ley del derecho natural sobre las convenciones del derecho civil. Merced á este gran movimiento moral del estoicismo, sentíase también un gran movimiento social. Todas las ideas sociales de los antiguos romanos se reducían á creer en el derecho incondicional de Roma sobre todos los pueblos. Pero desde el punto en que el estoicismo penetra en el Imperio, grandes ideas sociales y humanitarias pasan por la conciencia. Velayo Patérculo osa defender en Roma á los enemigos de Roma. Floro declara que en las guerras sociales tenían razón los pueblos itálicos que demandaban con las armas en la mano un asiento en la ciudad romana. Séneca dice que aunque nacido en la hermosa Córdoba, su patria es el universo, su ciudad la tierra, su madre la humanidad, sus hermanos todos los hombres, hasta el esclavo que la sociedad arrojaba con desprecio á las gemmonías. Lucano, al ver los horrores de la guerra, desea convertir las armas en instrumentos de labranza, los ejércitos de soldados en

ejércitos de trabajadores, la podrida sangre que corre por los campos de batalla en el fecundo sudor que riegue la tierra, y por esta maravillosa manera se adelanta á los siglos, presintiendo la idea de la santidad del trabajo. Plinio, Plutarco alaban la paz romana, la unidad de todas las gentes, la hermandad de todos los pueblos, la unión de todos los dioses en el regazo de la diosa Roma. ¡Qué ideas, señores, tan grandes! ¡Qué misteriosamente se elevaba á la verdad la conciencia humana! Pero veamos esta idea estoica hecha hombre, pasando por las cimas del Imperio romano.

La personificación de la idea estoica en el Imperio es Marco Aurelio. Nerva llegó doliente, décrepito al trono del mundo; Trajano pasó su vida en los campamentos; Adriano en continuos viajes; Antonino en la soledad á manera de un cenobita coronado con la corona de la tierra. No así Marco Aurelio, dueño del mundo y discípulo de un esclavo, el cual llegara á no sentir el peso de las cadenas cultivando la libertad interior, la libertad de su espíritu. ¡En verdad era un grande espectáculo el que en esta sazón ofrecía el mundo! El esclavo, el sér que la antigüedad despreciara, el que destinaba á eterno dolor, á eterna afrenta, se venga generosamente de sus perseguidores, de sus verdugos, de los que le han embriagado en los festines lacedemomios, de los que le han inmolado en los altares de Siria, de los que le han herido con

todas las espinas de la tierra y han derramado en su alma la hiel de todos los odios juntos, se venga generosamente de los que ni siquiera le creían hombre dándoles el ideal del justo, y elevando ese ideal sublime al trono de la tierra. El maestro esclavo se llamaba Epitecto, y el discípulo emperador Marco Aurelio. Epitecto enseñaba á su discípulo á tener en más las buenas obras que las buenas ideas, á buscar á Dios con anhelo en cada uno de los instantes de su vida, á considerar en el que yerra y en el que peca no un malvado sino un enfermo, á ser indiferente á todo lo que es verdaderamente extraño á la conciencia y al espíritu; doctrinas morales que sobrepujo Marco Aurelio con aquella armonía divina que acertó á tener entre sus ideas y sus obras, entre su conciencia y su vida: con aquella caridad muy superior á la fría indiferencia estóica; con aquel amor á todos los hombres así extranjeros como esclavos; con aquella convicción íntima, profunda, de que Dios es uno, y una la naturaleza, y uno el espíritu, y unos todos los pueblos, que deben separarse del odio como del abismo de su perdición; con aquella creencia superior de que la vida es un sacrificio divino y la muerte una transformación gloriosa; con aquel culto al precepto de que no es lícito hacer mal ni dejar de hacer bien; leyes sacratísimas de vida, que le llevaron á aplicar el cauterio á muchas llagas de la antigua sociedad, á reformar los jue-

gos de gladiadores, á dulcificar la guerra, á suspirar en los campamentos por la vida tranquila de las academias, á envidiar desde el trono al último de los hombres, á considerar su autoridad como una cadena semejante á la que ataba á Prometeo sobre las cimas del Cáucaso; pues si como tuvo fé en Dios y caridad por sus hermanos, tuviera la nueva virtud, la virtud traída por el Cristianismo, la seguridad de la renovación del mundo, la esperanza; en una palabra, fuera cristiano y no se hundiera en el abismo desesperado por la irremediable desgracia de aquella sociedad; desesperación que es el mal de todas las almas grandes nacidas cuando los horizontes de una idea se oscurecen y son fatalmente caídas entre las ruinas del mundo en que por su desgracia han nacido. (Aplausos.)

Indudablemente las ideas estóicas debían tener más que el pasajero influjo de un día eterno, influjo en el derecho romano. Por ellas el derecho natural se levantaba sobre el derecho civil. Por ellas el espíritu romano tomaba el carácter de espíritu universal. Por ellas la idea luminosísima humana penetraba en todas las instituciones. Mas si tenía esta virtud para renovar la sociedad, el bien quedaba aislado en algunos individuos. Si aquella idea no mejoraba las costumbres, no libertaba el espíritu, no restauraba el sentido moral, no traía las antiguas virtudes republicanas,

bien podia decirse que el mundo antiguo estaba enfermo, y más que enfermo aun, muerto.

Apenas desaparece Marco Aurelio del trono, cuando ya se ven todas las llagas sociales de Roma ocultas por el bálsamo de las ideas estóicas. Commodo es la personificación de todos los vicios del Imperio. Hijo Commodo de Marco Aurelio por la ley, por la naturaleza de un gladiador que merecia los torpes favores de su madre Faustina, asesino á los doce años, cuando la inocencia debe cubrir bajo sus blancas alas el alma; cruel, no por necesidad sino por pura perversión; amigo de atormentar con sus propias manos á sus víctimas y de verlas morir en su presencia; dado á correrías y aventuras nocturnas que costaban la vida á muchos hombres, la honra á muchas mujeres; tan fuerte que acertó á hendir un atleta; tan hábil en manejar el arco que mató de cien flechazos cien leones; vanidoso hasta el extremo de creerse el primer héroe de Roma porque bajó desnudo á la arena del Circo y salió vencedor de setecientos combates de gladiadores; frenético por las luchas de fieras al punto de prohibir á los habitantes de Africa que las cazaran ni aun cuando los acometiesen hambrientas; injusto é inicuo, pues cuando le faltaba dinero vendia las decisiones de los tribunales y hasta licencias á los asesinos para ejercer impunemente sus feroces instintos; sensual como todos los tiranos, y

en tal extremo que tenia trescientas concubinas y trescientas mancebas en su palacio, entregadas todas á una orgía sin término y sin tregua; profanador de todo lo grande, y así llamó á Roma colonia commodiana y al Senado casa de Commodo; soberbio y en su soberbia creído de que era un dios, tomando los atributos de Hércules, la maza de hierro, la piel de leon, haciendo que sus viles cortesanos le alzarán altares, le ofrecieran incienso y holocaustos; personificación de los vicios del despotismo, que como es el desconocimiento de las leyes de la naturaleza convierte á todos los que se endiosan, á todos los que se creen superiores á los demás hombres, en miserables bestias; propio castigo del que desconoce la justicia y viola y pisotea la santa libertad. (Entusiastas y repetidos aplausos.)

¿Quereis ver la imágen de Roma en este tiempo? Deteneos un momento, señores, á contemplar el Circo. A medida que la libertad descende, crece la pasión desenfrenada del pueblo por los juegos de gladiadores. Aquellos circos levantados por cien generaciones de esclavos que con la argolla al cuello y la cadena al pié trabajaron para poner piedra sobre piedra; aquellos circos ornados de estatuas traídas de Grecia, de obeliscos traídos de Oriente, de trofeos de todos los campos de batalla del mundo; aquellos circos abiertos á un lado por la puerta sanitaria por donde entran los comba-